

que la pasión dolorosa y la preciosa muerte del Redentor del mundo es la causa de la remisión y del perdón de las culpas del humano linaje, en virtud de la cual morimos al pecado, la gloriosa resurrección de Jesucristo, es la causa de nuestra vida y de nuestra regeneración espiritual, la que llegamos á alcanzar por medio de la gracia santificante, como enseña en el mismo lugar el repetido Apóstol: *No está escrito solamente por Abraham, que le fué imputado á justicia; mas también por nosotros, á quienes será imputado si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos, á Jesucristo nuestro Señor, el cual fué entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.*

DÍA VEINTE Y OCHO.

San Roman, abad.

SAN ROMAN ó Romano, fué natural de la Borgoña, y nació por el año 390, de padres virtuosos que acertaron á criarle con tanta piedad, que desde muy niño se hizo recomendable por sus costumbres puras, y un vehemente deseo de consagrarse al servicio divino en la soledad. Así es que desde muy niño procuró instruirse en las costumbres de los anacoretas, y apénas entrado en la juventud, y movido de un aviso celestial, se retiró al monasterio de Aynai en Leon de Francia, donde permaneció algun tiempo ocupado en las prácticas religiosas.

De allí pasó á abrazar la vida eremítica á un monte escabroso, situado en los límites de la Francia y la Switserlandia, que se llama Jura, donde fijó su residencia en un pequeño llano, nombrado Condát, en el que habia un manantial de agua pura y un árbol copulento, cuyas ramas iban á defenderlo de la intemperie de las estaciones. Aquí estableció Roman su morada, resuelto á permanecer hasta la muerte en aquella desconocida soledad. El método de vida que emprendió fué admirable. Su alimento lo componian algunas frutas silvestres que se daban en el bosque; su sueño era muy corto; y el día lo ocupaba en la oración mental, en rezar algunos salmos, en la lectura de algunos libros espirituales que habia llevado consigo, y en el cultivo de un corto pedazo de tierra.

Después de algunos años de soledad, se le reunió su hermano



S. Nestor Obispo



S. Porfiro Confesor.



S. Leandro Arzobispo.



S. Roman Abad.

menor, llamado Lupicino, inspirado por Dios para abrazar el mismo género de vida. A este nuevo anacoreta, que hizo los mayores progresos en la virtud con los ejemplos de Roman, se reunieron unos eclesiásticos de Noyon, y sucesivamente tanto número de solitarios que quisieron ponerse bajo la dirección de nuestro Santo, que se hizo necesario fabricar un monasterio; siendo este el origen de la grande abadía de Condat, que últimamente se llamó de San Claudio, por haberse retirado á él, renunciando la mitra, este piadoso prelado.

Viendo Roman que se aumentaba mucho el número de sus discípulos, edificó otro monasterio, que se llamó de Laucone, y encargó de su gobierno á Lupicino. Lejos de entibiarse el fervor con el aumento de casas; en una y otra se encendió una santa emulacion, de suerte que no podia fácilmente decidirse cuál de las dos sobresalia mas por sus penitencias y mortificaciones, por su obediencia y humildad, por su amor á Dios y caridad fraterna, y por el exacto cumplimiento de sus reglas. A estas dos comunidades de hombres se agregó bien presto otra de mugeres, deseosas de santificarse en aquella misma soledad. Admitiólas bajo su dirección Roman, y les formó un convento con la mas estrecha clausura, y fué nombrada su primera abadesa una hermana de nuestro Santo.

Aunque el carácter de Roman y de Lupicino era muy opuesto, siendo este sumamente severo en su gobierno, al paso que aquel se distinguió por su dulzura é indulgencia, ambos monasterios estaban perfectamente arreglados con un mismo espíritu de penitencia, y los monges de uno y otro veneraban á sus respectivos superiores. La comida designada para los dos era muy escasa, y consistia en algunas semillas que cultivaba cada comunidad en sus respectivos terrenos. Un año que fué abundante la cosecha en el de Condat, algunos monges alteraron la cantidad y calidad de los alimentos, aunque sin aprobacion de Roman. Súpolo Lupicino, y para corregir esta relajacion, propuso á su hermano el cambio de gobierno en los monasterios: hizose así en efecto; pero los monges relajados, viendo la firmeza del nuevo abad, se fugaron del monasterio para evitar el restablecimiento de la anterior abstincencia; mas las fervorosas oraciones de Roman alcanzaron de Dios que volviessen arrepentidos á Condat aquellos preocupados apóstatas, los que perseveraron despues, manifestando en su ejemplar conducta el mas profundo arrepentimiento de la falta que habian cometido.

Noticioso San Hilario, obispo de Arlés, de la santidad de Roman, lo hizo llamar á su presencia y lo ordenó de sacerdote. Esta dignidad fué un nuevo motivo para que Roman aumentara sus penitencias y sus ayunos, para hacerse digno ministro del Altísimo. Con el objeto de alcanzar las gracias necesarias para cumplir con las obligaciones de su nuevo estado, dispuso nuestro Santo pasar á Agaune, á visitar el sepulcro de San Mauricio en compañía del virtuoso Paladio. La primera noche de su viage posaron en la choza de unos leprosos, á quienes pagaron el hospedage sanándolos de su asquerosa enfermedad. La fama de San Roman era tan grande, que el obispo de Génova y el pueblo salieron á recibirlo al camino, y lo condujeron en triunfo con su compañero: distincion que mortificó sobremanera la humildad de ambos, y que procuraron evitar á la vuelta de su piadosa romería.

Habiendo vuelto Roman á su monasterio, poco tiempo despues oprimido de sus trabajos y de los años, murió ejemplarmente á 28 de Febrero del año 460, á los setenta de su edad y treinta de su retiro; siendo el primero, como dice el martirologio, que en aquella ciudad hizo vida eremitica, y esclarecido con singulares virtudes y milagros, fué despues padre de muchos monges. Sepultóse su cuerpo en el monasterio de Baume, y Dios ha hecho glórioso su sepulcro con multitud de maravillas.

La Epistola es del capítulo III de la de San Pablo á los filipenses.

Hermanos: Lo que ántes tuve por ganancia, lo he reputado ya como pérdida por amor de Cristo. Y en verdad, todo lo tengo por pérdida en comparacion de mi Señor Jesucristo; por cuyo amor he perdido todas las cosas y las miro como basura, por ganar á Cristo y hallarme en él, no teniendo aquella propia justicia que nace de la ley, sino aquella que nace de la fé en Jesucristo, la justicia que viene de Dios por la fé, á fin de conocerlo á él y la eficacia de su resurreccion, y participar de sus penas, asemejándome á su muerte: de modo que al cabo pueda arribar á la resurreccion de los muertos. No porque yo haya logrado ya, ni llegado á la perfeccion; pero yo sigo mi carrera, por ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado por Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas (pág. 214).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, &c,

MEDITACION.

Sobre que nuestra dicha consiste en servir á Dios.

Considera que no solo hallamos en el servicio de Dios nuestro engrandecimiento, ni solo servimos para crédito y loor de su soberanía; sino que tambien hallamos en servirle la plenitud de toda felicidad. Como fuimos criados por Dios, no podemos hallar nuestra entera dicha sino en él. Su divina Magestad es el autor de todo nuestro ser, y debe ser el centro de todos nuestros movimientos, que fuera de él no hallan objeto en que puedan quietarse. Dios es soberano bien de sí mismo. ¿Pues cómo no ha de serlo de nosotros? Dios se basta á sí mismo. ¿Pues cómo no ha de bastar al corazon del hombre? Tenemos una alma capaz de un bien infinito; todo lo que es finito, todo lo que no es Dios, puede ocuparla, puede entretenerla; pero no puede llenarla. Aunque colme el Señor de innumerables bienes nuestro corazon, se quedará vacio si él mismo no se nos da á sí propio; porque si á él no tenemos, aunque seámos poseedores de todo el universo, pobres serémos y necesitados. Por eso los dichosos del mundo jamas cesan de aspirar á mas de lo que gozan, ni dejan de buscar nuevos objetos que satisfagan el insaciable apetito que tienen de gozar, y llenen el vacio en que dejaron sus corazones las miserables criaturas de que vanamente disfrutaron. ¡Infelices!

Considera que no solo en la tierra hace el Señor nuestra felicidad; sino que esta tiene su lleno y perfeccion en la patria celestial, de tal modo que no puede quedarle que apetecer al alma, y poseerá un bien que infinitamente supera aun los deseos mas avanzados y grandiosos que pueden concebirse. Viendo y poseyendo á Dios en el cielo, vendrémos á ser parecidos á él, santos, puros, sabios, poderosos, ricos y dichosos como su divina Magestad, transformándonos en Dios, sin tener otra voluntad; afecto ó deseos sino los suyos. Dios nos será todo para todas las cosas, poseyéndole, serémos bienaventurados con su misma bienaventuranza, pura, constante y eterna. El que pueda comprender, Señor, lo que vos sois y valeis, es el que solo puede comprender las dichas que preparais á los que os aman; pero solo vos, Salvador mio, que haceis esta dicha, la podeis comprender, de la misma manera que solo vos me la habeis podido merecer, y me la podeis hacer poseer. ¿Ouéndo será, ó Jesus mio,

que yo goze esta gloria, de quien vos sois el principal objeto? ¿Cuándo será el que yo vea vuestro divino rostro, y que os contemple cara á cara? ¿Cuándo llegará el que yo admire la gloria de vuestro reino? ¿Cuándo sereis mi todo en todas las cosas? ¿Cuándo acabareis de llenar mi alma del torrente de delicias que inunda la santa ciudad de Sion? ¿Cuándo me embriagareis del divino néctar de que está llena vuestra casa? ¡Ah! No me dilateis la fruición del sumo bien que sois vos: vuestro soy; para vos me criasteis; y no estoy en mi centro si no estoy en vos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

El errado concepto que formamos de la felicidad, hace que vivamos siempre tristes, y anhelando por un bien que huye delante de nosotros, y que apenas tocamos cuando desaparece. Aun en lo espiritual buscamos cierto contentamiento sensible, que no puede ser permanente; y por cuya falta nos angustiamos muchas veces y perdemos la paz. No consiste en esto nuestra felicidad. El estado de gracia, procurado de modo que en lo posible tengamos de él certeza moral: una conciencia recta, que nos dé un testimonio favorable: el exacto cumplimiento de la ley de Dios: el ejercicio de las virtudes propias de nuestro estado; la obediencia á la inspiracion de Dios: la voluntad sincera y eficaz de procurar la perfeccion: la perfecta conformidad con las divinas disposiciones; hé aquí lo que forma la verdadera felicidad del hombre sobre la tierra; á que pone el colmo la perseverancia en el bien obrar. Sea, pues, nuestro propósito poner los medios para adquirir este estado de felicidad verdadera, pidiéndole al Señor nos lo conceda.

JACULATORIA.

Alegrémonos de que nuestros nombres estén escritos en el cielo.

LECCION.

Sobre la sexta parte del Credo: SUBIO A LOS CIELOS.

A los cuarenta dias de la resurreccion del Salvador: congregados todos los Apóstoles en la ciudad de Jerusalem, se les apareció Cristo por última vez, y les dijo que fuesen por todo el mundo á instruir y bautizar á los hombres: les prometió el don de hacer milagros:

les aseguró estaria con ellos todos los dias hasta la consumacion de los siglos; promesa que desde entónces hizo Dios á su Iglesia de no desampararla jamas: les abrió los ojos del alma para que comprendiesen el sentido de las Escrituras, y ofreciendo enviarles inmediatamente al Espíritu Santo, les previno permaneciesen en aquella santa ciudad hasta que recibieran la virtud del cielo. Despues de esto los condujo á Betania, cerca de Jerusalem; y de allí al monte Olive-te, adonde luego que llegaron les echó su bendicion, y elevándose al cielo, una nube lo ocultó á los ojos de sus discípulos. No puede imaginarse cosa mas magestuosa que la ascension á los cielos del Hombre Dios, de nuestro Redentor Jesucristo. En cuanto á la naturaleza divina, jamas se separó de los cielos ni de otro ningun lugar: en todos está, todos los comprende con su inmensidad infinita. Él se eleva á los cielos, no ya como Dios, sino tambien como Hombre, compuesto de un cuerpo y de una alma llena de gloria y magestad.

Jesucristo subió á los cielos por su propia virtud, por aquella fuerza que es la que le pertenece en cuanto Dios, y aun en cuanto hombre, á causa de hallarse glorificada su humanidad santísima. Concluida ya la obra de la redencion humana, sube de este mundo á su Padre, y triunfante por sí mismo atraviesa los cielos, y se coloca sobre todas las cosas en la misma gloria de su Padre Eterno. Subir por su propia virtud es no necesitar del poder de otro para ser elevado: así es que en la Escritura Santa se dicen ascendidos; Elias, Habacuc, el diácono Felipe; pero ninguno de ellos subió por su propia fuerza y virtud. El libro cuarto de los Reyes nos refiere la asuncion de Elias, diciendo que como hablasen entre sí Elias y Eliseo, *hé aquí un carro de fuego, y unos caballos de fuego separaron el uno del otro y subió Elias al cielo en un torbellino.* En los Hechos de los Apóstoles se lee, que despues de haber bautizado Felipe al eunuco de la reina Candaces, *cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató á Felipe, y no le vio mas el eunuco.* Estos santos fueron llevados por virtud divina, y transitaron por el aire grandes espacios; pero Jesucristo ascendió por la poderosa virtud de la divinidad, y tambien por virtud de su alma bienaventurada que podia mover al glorioso cuerpo á su arbitrio. Por eso dice San Pablo á los efesios: *El que descendió, ese mismo es el que subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas.* Descendió sin la vestidura del cuerpo: subió con este vestido; pero el mismo que bajó fué el que subió, por-

que ninguno subió al cielo por su propia virtud sino Cristo, porque nadie bajó del cielo sino Cristo; aun cuando bajó sin cuerpo y subió con él: por lo que creemos que ascendió al cielo por su propia virtud como Dios y como hombre. Mas cómo y en qué lugar esté en el cielo el cuerpo del Señor, sería inútil investigar. "No es dado discutir á nuestra fragilidad, dice San Agustín, los secretos de los cielos, y solo conviene á nuestra fé creer que subió al cielo el cuerpo del Señor.

En algunos lugares de la Escritura Santa se dice que Jesucristo fué ascendido; pero estas expresiones no se oponen en manera alguna á su ascension por su propia virtud: porque á la verdad, la virtud con que Cristo subió al cielo está en él mismo, por lo que se dice rectamente que ascendió; pero la misma virtud descendiende de la divinidad, que es comun al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y con la misma propiedad se dice que Cristo fué ascendido por el Padre, ó exaltado al cielo: igualmente puede decirse exaltado ó ascendido por el Espíritu Santo; y aun finalmente, el mismo Hijo divino puede decirse que ascendió y exaltó al cielo su cuerpo, como se dice del mismo modo hablando de la resurreccion: así se expresa San Pablo á los romanos: *Y si el espíritu de aquel que resucitó á Jesus de entre los muertos mora en vosotros: el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos, vivificará tambien nuestros cuerpos mortales por su espíritu que mora en vosotros.* Por consiguiente, aunque Cristo se diga ascendido, no se opone á que él mismo haya subido por su propia virtud y divinidad á los cielos.

Entre las muchas profecías que se encuentran en el Antiguo Testamento relativas á la venida y pasion del Mesías, no son pocas las que hacen mencion de su reino en la gloria. El mismo nombre con que era conocido entre los antiguos judíos, tenia una conexion inmediata con su dignidad real. El Mesías, el ungido, el que habia de sentarse para siempre sobre el trono de David su padre, restableciendo á Israel, era el objeto de sus mas fundadas esperanzas, apoyadas en las declaraciones de los libros sagrados. *Se mancomunaron los principes,* dice el Mesías por boca de David, *contra el Señor y contra su Cristo. . . . mas yo he sido por el establecido rey sobre Sion, monte Santo suyo para predicar su precepto. El Señor me dijo: Mi Hijo eres tú; yo te he engendrado hoy.* Isaías al anunciar la venida del Mesías, á quien entre otros dictados dá el de principe de paz, añade: *Se estenderá su imperio, y la paz no ten-*

drá fin: se sentará sobre el solio de David y sobre su reino para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.

En estas profecías, ó en la mayor parte de ellas están conformes, así los judíos como los cristianos, en reconocer que se refieren al Mesías; pero los cristianos, dando otro paso mas, confesamos que el ungido rey de Israel de quien tan esplicitamente han hablado los profetas, no es otro sino Jesucristo, cabeza de la Iglesia, *Rey de reyes y Señor de los señores*, como lo llama el Apocalipsis, no solo por la evidencia y naturalidad de estas interpretaciones, sino por la aplicacion directa que han hecho de muchos de estos pasages, tanto nuestro mismo Salvador como los Apóstoles y Evangelistas.

Despues que nuestro amable Redentor condujo á sus Apóstoles al monte Olivete, *los que se habian congregado le preguntaban, segun leemos en los Hechos de los Apóstoles, diciendo: Señor, ¿restituirás en este tiempo el reino de Israel? Y les dijo: No toca á vosotros saber los tiempos ó los momentos que puso el Padre en su propio poder: mas recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las estremidades de la tierra. Y cuando esto hubo dicho, viéndolo ellos, se fué elevando y lo recibió una nube, que lo ocultó á sus ojos; y estando mirando cuando él se iba, hé aquí que se pusieron al lado de ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales tambien les dijeron. . . . Este Jesus que se ha subido al cielo, así vendrá, como lo habeis visto ir al cielo.*

Entónces fué en esta época venturosa, cuando entró nuestro Redentor en la gloria inescrutable y eterna. Las puertas eternas de los cielos se abrieron de par en par para recibir á su Rey. Habiendo triunfado de todos sus enemigos y pisado la cabeza de la serpiente, el Hijo de Dios volvió á ocupar su puesto, y subió como dice el Apóstol á los efesios, *sobre todos los cielos para llenar todas las cosas. Por lo cual,* dice el mismo á los filipenses: *Dios tambien lo ensalzó, y le dió un nombre, que es sobre todo nombre: para que al nombre de Jesus se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infernos; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.* Estos y otros lugares del Nuevo Testamento, en que se describe el poder, la exaltacion y la gloria del desendo de las naciones, tienen una mani-

fiesta analogía con las profecías copiadas poco há del Antiguo; y de esta suerte tenemos en ambos Testamentos los testimonios mas in- tachables de la divina revelacion sobre el dogma de la gloriosa ascension á los cielos de nuestro Señor Jesucristo. Mas como el cumplimiento de las profecías que dicen relacion al reino universal é ilimitado de Cristo, debe mirarse como progresivo, y al presente se halla muy lejos de haberse completado; es evidente que la época de su principio debe fijarse como lo hemos hecho en el glorioso periodo en que dejando la esfera de su humillacion personal, que tomó para redimirnos, subió nuestro Salvador por su propia virtud á los cielos, segun hemos visto, y se sentó á la diestra del Padre.

PARA LOS AÑOS BISIESTOS.

DIA VEINTE Y NUEVE.

La Traslacion del cuerpo de San Agustin.

ESTA festividad, establecida en memoria de la segunda traslacion del cuerpo del gran padre de la Iglesia San Agustin, es digna de toda consideracion. El año de 506 habia sido trasladado de la catedral de Hipona, donde fué sepultado despues de su muerte el cuerpo de San Agustin, á la isla de Cerdeña, por varios obispos católicos, desterrados de Africa por la fé católica. En este lugar permaneci6 mas de doscientos años hasta la invasion de los sarracenos á principios del siglo VIII, en que se hizo una segunda traslacion á Pavia, que es el motivo de esta fiesta, por las portentosas circunstancias que la acompañaron. Estas nos las refiere el sabio cardenal Baronio, sugeto de tanta crítica como piedad, y son como siguen.

Sabiendo Luitprando, rey de los lombardos, varon distinguido por su piedad y religion, que los sarracenos habiendo ocupado á Cerdeña, profanaban los lugares sagrados de esa isla, y principalmente el venerable sepulcro de San Agustin, mandó unos legados de la primera nobleza, que rescataran á cualquier precio el cuerpo de tan gran Padre, y lo condujesen á Pavia. Estos, cumpliendo las órdenes del rey, sacaron á fuerza de dinero las preciosas reliquias del poder de los bárbaros, y embarcándolas en una nave, llegaron con favorable viento, en el corto espacio de un dia y una noche á



La Traslacion del cuerpo de S Agustin.



S Albino Obispo.



S Simplicio Papa Confesor.



S Pablo Martin.

las costas de Génova. Noticioso Luitprando del próspero fin de su viage, lleno de alegría tributó al Señor las mas rendidas gracias, y convocando á los obispos y á todo el clero de su reino, salió á recibirlas, acompañado de los grandes de su corte y de una innumerable multitud de pueblo; y al llegar donde se hallaba el sagrado cuerpo, depuestas las insignias reales, descubierta la cabeza y con los piés desnudos, se acercó á venerarlo con tal humildad y devocion, que dejó admirado y edificado á todo el concurso.

Pero fué mayor el honor con que Dios quiso distinguir á su siervo: obráronse por su médio muchas maravillas: no pocos de los presentes que padecian de varias enfermedades recobraron la salud, y volvieron á sus casas alegres y sanos. El sagrado cuerpo fué conducido honoríficamente entre armoniosos cánticos y depositado en una hermosa heredad, en la que el rey con todo el acompañamiento de los prelados y primera nobleza, lo veló religiosamente durante la noche. Al día siguiente estando ya dispuesta la pompa para conducir el precioso tesoro á Pavia, fué imposible moverlo de su lugar; lo que visto por Luitprando, rasgándose las vestiduras, y postrándose en tierra, derramando abundantes lágrimas, hizo voto á Dios, por consejo de uno de los obispos, que si le permitia llevar á Pavia el cuerpo de San Agustin, haria donacion de aquella heredad en que se hallaba, á la Iglesia en que habia pensado depositarlo. Acercándose entónces á la caja que encerraba las reliquias, la encontró tan leve, que lo que no habian podido hacer muchos hombres, lo hicieron con la mayor facilidad dos solos que se encargaron de llevarla. Así es que con universal alegría fueron conducidos aquellos inmortales despojos hasta Pavia, y colocados en el templo de San Pedro, llamado *in Caelo aureo*, que el mismo rey habia fabricado con real magnificencia: hizose esta colocacion el año 725 de Cristo.

Hizo el cielo célebre aquel lugar con innumerables maravillas: allí mismo saltó de repente una perenne fuente de agua dulce, y multitud de enfermos sanaron de sus dolencias con solo el contacto del sepulcro. Entre estas admirables curaciones fué la mas notable por sus circunstancias la siguiente. Pasaban á Roma cuarenta franceses, afligidos por varias enfermedades á visitar las sagradas reliquias que se veneran en aquella ciudad, con esperanzas de conseguir la salud. Haciendo noche en una poblacion á tres leguas de Pavia, vieron todos en sueños que de una iglesia próxima dedicada á los

Santos mártires Cosme y Damian, salia un obispo de aspecto venerable, el que habiéndoles preguntado dónde iban, é informado del piadoso objeto de su viage, les dijo pasasen á la inmediata ciudad, y hallarian el remedio que solicitaban en el templo de San Pedro *in Caeleo aureo*: interrogado por los peregrinos por su nombre, les contestó ser Agustín obispo de Hipona. Llenos de admiracion y de gozo partieron á otro día á Pavia, y entrando en el templo clamaron á una voz: *Santo Padre Agustín sednos propicio, como nos habeis prometido*. Al momento que hicieron esta peticion todos quedaron completamente sanos, glorificando Dios de esta suerte á su fiel siervo.

A estos portentos con que Dios hizo glorioso el sepulcro del gran doctor de la Iglesia San Agustín en Pavia, nos parece conveniente agregar la noticia de que el 28 de Octubre de 1842, se ha trasladado nuevamente á Hipona el cuerpo de su grande obispo, y de que ha sido recibido por toda la cristiandad de Africa con una magnificencia y esplendor, que por sin duda no cede en nada á la que vió Pavia hace mas de once siglos. Así preparaba el Señor en su bondad infinita en aquella tierra que parecia abandonada por sus crimenes, el cumplimiento de aquellas palabras del Profeta: "Se alegrará la desierta y sin camino, y saltará de contento la soledad y florecerá como lirio. Decid á los apocados de corazón: Alentaos y no temais ¡mirad que traerá nuestro Dios venganza en retorno: el mismo Dios vendrá y os salvará! Y la que era seca se mudará en estanque y la sedienta en fuentes de aguas. En las moradas en donde habitaban dragones, nacerá el verdor de la caña y del junco. Y allí habrá senda y camino, y se llamará camino santo."—*Isaías, cap. XXXV.*

NOTA. No se ponen en este día Epístola y Evangelio, por no haber fiesta fija ó santo asignado á él, cuya misa se diciera como en los demas dias: en este regularmente se celebra alguno de los atrasados que por ocupacion de su día queda para un día libre.

MEDITACION.

Sobre el juicio particular.

Considera que cada uno es juzgado en el mismo momento en que expira, y que este juicio decide irrevocablemente de nuestra eterna suerte. Representánte un moribundo, á quien le acaban de adminis-

trar todos los sacramentos, y que solo le resta un leve soplo de vida. Es un reo que va á comparecer ante el Supremo y Soberano Juez para darle estrecha cuenta de todos los momentos de su vida. Pensamientos altaneros, palabras inconsideradas, máximas fundadas en la pasion, dictámenes voluntariamente errados, deseos impuros, acciones libres, respetos humanos, intenciones torcidas, todo ha de ser examinado, todo juzgado, y todo por un Dios que todo lo ha de examinar, todo lo ha de juzgar, segun todo el rigor de su divina justicia. Concibe, si es posible, cuáles serán entónces los horribles sobresaltos, los espantosos temores de una alma que conoce está presa al cuerpo, por decirlo así, de un solo cabello, y que dentro de dos ó tres instantes ha de comparecer ante el terrible tribunal de Dios! No tiene entónces enemigo mas cruel que su conciencia: esta le pone á la vista ántes de expirar todas sus obras; ella misma le anticipa, por decirlo así, el juicio y la sentencia. ¡Gran Dios! ¡Qué horror, qué sobresalto al ver que brota allá como del fondo del alma una multitud innumerable de pecados que estaban hasta entónces sepultados en un profundo olvido! ¡Ah! Y cuántos pecados de la juventud, que se habian escondido siempre á nuestro exámen! ¡Cuántas culpas graves que nos habian parecido acciones indiferentes, y cuántos pecados confesados, que por falta de contricion no se nos habian perdonado! Todo esto se presenta á la memoria, todo se representa á la imaginacion en aquellos últimos momentos; pero qué turbacion y qué espanto á vista de tanto monstruo de iniquidad!

Considera qué cosa tan difícil es no rendirse al peso de tanto dolor, de tanto espanto, de tanto temor en aquella desesperada extremidad. Concécese que el tiempo se va á acabar, vese el alma á la entrada de aquella espantosa eternidad. La incertidumbre de la suerte que la espera, el temor de que sea eternamente desdichada, los justos motivos en que se juzga este temor, todo esto pone á la pobre alma en un estado tan infeliz, que se puede llamar un infierno anticipado. Tiene entónces muy presente toda la ley santa de Dios, y lo que la aflige mas, que conoce su justicia y su importancia, palpa su dulzura y su facilidad. Disipadas todas las preocupaciones, y sosegado el tumulto con que las pasiones la aturdiran y la atolondraban, reconoce, toca con las manos el desacierto que cometió en no haberse conformado con las máximas del Evangelio. Costumbres perniciosas, condescendencias excesivas, ideas frívolas, leyes del mundo imaginarias, abusos autorizados, deleites, gustos, pasatiempos engañosos vanos, alegrías postizas y superficials, ya os acabásteis, ya

sistis en un amargo, en un doloroso arrepentimiento. ¡Oh dolor! ¡Oh desesperacion! ¡Oh intolerable suplicio!

PETICION Y PROPÓSITOS.

No permitáis, Dios mio, que tan fatal desgracia venga sobre mí: haced que ántes abra los ojos y conozca la vanidad del mundo; pues quiero vivir en él de manera que no me contamine de su corrupcion. ¡Ah, que mucho tengo de que purificarme, y que corregir de la vida pasada! Ardua es la empresa; pero posible, y vos me habeis dado el modo de ejecutarla. Yo ejerceré conmigo mismo un juicio riguroso, como me aconseja vuestro Apóstol: castigaré mis delitos, repararé los daños, arreglaré mis negocios; en una palabra, borraré con la penitencia lo que en aquel dia pudiera estar vivo contra mí, y remediaré en tiempo lo que entónces no encontraría remedio.

JACULATORIA.

Señor, hazme saber mis delitos: descúbreme mi iniquidad y mis pecados.

LECCION.

Sobre el reino de Jesucristo con respecto á la Iglesia militante.

Cuando nuestro Divino Salvador, hecha la grandiosa obra de la redencion, tuvo á bien subir por su propia virtud á sentarse á la diestra de su Divino Padre, dejando la tierra con su presencia corporal visible, se dignó prometer á su agraciada esposa, la naciente Iglesia, que no la abandonaria; pues si se apartaba de ella con su presencia sensible, invisiblemente estaria con ella hasta la consumacion de los siglos. Mas esta asistencia invisible del Salvador no es la de un simple espectador que solo observa los sucesos sin tomar parte en ellos sino como correspondia á la inmensa caridad de Jesucristo y á la magestad de su supremo dominio, la de un Dios Salvador que conserva la obra de su amor, y la de un Dios humanado Rey de todos los siglos, Sumo Pontífice y Sacerdote eterno, Esposo fidelísimo é inseparable de su santa esposa, Cabeza invisible de esta misma Iglesia suya, y especialísimamente de su místico cuerpo, que eminentemente forman sus predestinados.

Así es que si se queda con esta su muy amada porcion, es para

consolarla en sus trabajos, fortalecerla en los combates que sostiene contra sus orgullosos enemigos, el gentilismo, la heregía, la apostasia, el filosofismo y toda clase de infidelidad y de error; alimentarla con su preciosísimo cuerpo realmente presente en la Sagrada Eucaristia; regirla y gobernarla con suma sabiduria y divino poder; ofrecerse á sí mismo por su salud, sacrificándose inculcamente en todo el mundo y por todos los siglos, como hostia pacífica y víctima sagrada de propiciacion; obrar con sus ministros la salud de los pueblos, ya por la palabra de vida que difunde las luces de la fé y la piedad, ya por los sacramentos que purifican las almas y las socorren en todas sus necesidades; regir tambien y gobernar su Iglesia en todo lo espiritual y sagrado, asistiendo invisiblemente á los ministros que se eligió y en su nombre la rigen; fecundarla en el Espíritu Santo. para criar y alimentar hijos fieles y fervorosos que sean las delicias y el esplendor de su Santísima, Virgen é inmaculada Madre; difundir en ella el espíritu de santificacion que le da vida y la llena de sus gracias y dones; mantener en ella la *unidad* que solida, perpetúa, caracteriza y distingue á esta santa, única, verdadera Iglesia; y comunicar á su místico cuerpo aquel fuego divino de santo amor que vino á traer á la tierra y en que quiere sea abrasado, para que dirija al Señor todos sus afectos, por él viva, en él obte, por él se mueva, á él alabe y glorifique, acompañando en la tierra el cántico eterno de bendicion y de alabanza con que le glorifica en la altura de los cielos la Iglesia ya triunfante.

Por fines tan altos, tan necesarios y provechosos, promete el Señor y cumple la asistencia que en todo tiempo y lugar presta á su Iglesia; mas como esta asistencia es invisible, é invisible tambien y solo conocido por sus efectos lo que obra en las almas y en los destinos ó suertes de las naciones y de sus individuos, era preciso que una Iglesia visible, compuesta de sus fieles hijos que forman esta congregacion, tuviese una cabeza visible y un gobierno exterior que la rigiese en nombre y con la potestad misma de Cristo. Por esta causa, al separarse de ella con su presencia corporal visible, comunica á su vicario y á todo el cuerpo de los pastores sagrados, la potestad omnimoda que ha recibido de su Divino Padre: "Se me ha dado, les dice, toda potestad en el cielo y en la tierra: yendo, pues, por el mundo, enseñad á todas las naciones, bautizando en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo á los que abrazaren la fé: enseñándolos á observar y guardar todo lo que os he manda-

do: y yo os prometo que estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos." Tenemos, pues, aquí, por una parte que confiere á sus Apóstoles y á todos sus legítimos sucesores la potestad misma real y sacerdotal que recibió inmediatamente de la divinidad en su Encarnación Santísima, y cuyo ejercicio dilató hasta que llegase el tiempo oportuno para su ejecución. Con la potestad real y sacerdotal rige el vicario de Cristo toda la Iglesia, y subordinados á él rigen los obispos y párrocos sus respectivas porciones del rebaño de Jesucristo. Con la misma dictan los sagrados concilios las leyes canónicas que forman y establecen la disciplina de la Iglesia.

En cuanto al gobierno civil de las naciones, cierto es que no constituye propiamente el reino de Cristo, pues, como dijo el mismo á Poncio Pilato, su reino no es de este mundo; mas no por eso está excluido el mismo gobierno civil del reino de Cristo: sus leyes deben ser justas, cristianas y conformes al espíritu del Evangelio: sus individuos pertenecen á la Iglesia y son las ovejas mismas del rebaño de Jesucristo: sus príncipes son consagrados con la unción santa por mano de los pastores de la Iglesia: á su autoridad está anexa la obligación de proteger y defender á la Iglesia; y en nombre del mismo Salvador rigen y gobiernan sus pueblos, y no es digno de la potestad real ni de la obediencia y confianza de su reino, el que sea enemigo de Cristo y de su Iglesia.

Con la potestad sacerdotal, los pastores de la Iglesia entran en el arcano de las conciencias, juzgan las almas, las dirigen espiritualmente y con la sangre del Cordero las lavan y purifican de la mancha del pecado en el sacramento de la penitencia. ¡Potestad divina, propia solamente de Dios, y que comunicada al sacerdote lo saca de la esfera de hombre y lo hace como un Dios sobre la tierra, ó por mejor decir, lo hace uno con Cristo, siendo de material el ser de hombre que tiene, y de formal el ser el mismo Cristo por la participación y el ejercicio del sacerdocio y de la potestad que de él recibe y que con él ejerce. Con la misma potestad sacerdotal confieren los pontífices los órdenes sagrados: con la misma administran los sacramentos los obispos, párrocos y presbíteros, agregada á esta la potestad de jurisdicción: con la misma consagran el cuerpo de Cristo. ¿Para qué es cansamos? De la potestad real y sacerdotal de Cristo, ejercida por sus ministros, proviene todo gobierno de la Iglesia y todo socorro y alimento espiritual de sus hijos; y del mismo principio y por los mismos medios difunde el Señor su espíritu

y el fuego de su amor que anima y vivifica su cuerpo místico. ¿Y á cuya custodia, cuidado y vigilancia debe estar encargado el sagrado depósito de la fé en lo dogmático y moral, sino á este cuerpo sacratísimo de los pastores de la Iglesia, y especialmente al que es sobre todos y ejerce el primado, como piedra fundamental y cabeza visible de la misma Iglesia? Así es en efecto: la pureza del dogma, la santidad de las costumbres son un cargo peculiar y propísimo de los pastores de la Iglesia; y el que de ello no cuida es indigno de tan alto puesto y justamente reputado por un mercenario y un intruso, cuya voz no conocen las ovejas.

Hé aquí el reino de Cristo en la Iglesia militante, y en lo que se obra en el tiempo; pero su fin y el objeto que formalmente abraza y á que se dirigen todas sus acciones es espiritual, es eterno, es divino, es uno mismo con el que tiene y goza la Iglesia ya triunfante; pues no hay mas diferencia que esta, ya lo posee inamisiblemente, y aquella pone los medios y trabaja por afirmar lo que ya tiene, esto es, la gracia, la caridad; y adquirir lo que se le ha prometido, esto es, la gloria.

Siendo, pues, todo lo que se haya de formar en el reino de Cristo sobre la tierra interno, místico, sagrado, espiritual, invisible, ¿quién puede dudar ó no alcanzar la inteligencia de lo que Cristo dijo por estas palabras: "El reino de Dios dentro de vosotros está?" ¿Ni quién podrá hallar impropiedad en que un reino invisible y espiritual sea asistido de Cristo invisible y espiritualmente, al mismo tiempo que regido y cuidado por sus ministros, y con su autoridad en lo corporal y visible? Esta asistencia invisible, pero real y verdadera, era de absoluta necesidad; porque los hombres dejados á sí mismos, ó obrando solo por sus propias fuerzas y segun su limitado discurso, no eran capaces de poner por obra ni llevar á perfección una empresa de tanto tamaño como la fundación y conservación de la Iglesia; mucho mas, en medio de las terribles persecuciones que ha padecido, ya de parte de los gentiles que quisieron exterminarla en sus principios, y ya de parte de los hereges que en todo tiempo la han combatido. Prueba evidentísima de este aserto son las sectas de los hereges, que á pesar de la licencia de costumbres y de la libertad en la creencia, y á pesar tambien de estar sostenidas por el poder infernal, todas han venido abajo. Comienzan, crecen, caen, y desaparecen, sucediéndose unas á otras como las olas del mar que se rompen y deshacen contra las rocas de la ribera. No

así la Iglesia santa, que es sostenida por el poder de todo un Dios y Rey soberano del cielo y de la tierra, que la ha hecho su heredad, la cultiva, la cuida, la defiende, la sostiene y ampara; trabajando sin cesar, ya en la santificación de las almas por los sacramentos; ya en la perfeccion de estas por los dones y gracias; ya en la luz, prudencia, y entereza que comunica á los pastores; ya en el sostenimiento de todo el cuerpo, que unido á su cabeza no puede ser vencido por sus enemigos; pues aunque estos la humillen y lo hieran como los judíos hirieron y humillaron el cuerpo físico de Cristo, se levanta glorioso, impassible, inmortal, como aquel cuerpo glorioso salió del monumento invulnerable, incapaz de tormento, de dolor, de muerte; por donde, así como este, resucitado ya, quedó exento del poder de sus enemigos, que accion ninguna podian ya ejercer sobre él; así éste triunfante en la gloria no reconoce ya enemigos que puedan obrar contra él; y aun militante en la tierra, no puede ser destruido; porque su consistencia, su existencia, su vida, no consiste en los cuerpos ni en la vida, humana ó existencia natural del hombre; sino en la union indisoluble de la cabeza con el cuerpo, esto es, de Cristo con su Iglesia: union que se mantiene con la gracia, la caridad, las virtudes, mediante las cuales el espíritu del Señor se difunde por todo el cuerpo, lo anima, lo vivifica, le da accion, lo sostiene y lo salva; y aunque á todos sus miembros los devorara la espada del perseguidor, el cuerpo no sería destruido, pues tiene una existencia y una vida á que no pueden tocar todo el poder de los hombres y del infierno unidos.

SUPLEMENTO.

DIA NUEVE.

Santa Petronila, vírgen.

Fue Petronila una doncella romana, á quien San Pedro, Apóstol, convirtió á la fe con toda su familia. Habiendo tenido la dicha de recibir el bautismo en una edad muy inocente, fué despues instruida en las máximas de la religion por el mismo Apóstol. Siendo cristiana toda su familia, y acudiendo San Pedro á su casa con frecuencia, estaba la jóven Petronila á los piés del Apóstol, como otra Magdalena á los de Cristo, aprovechando la ocasion de oír sus santas instrucciones. Y como por otra parte, el mismo Apóstol la habia reengendrado á la gracia por el bautismo, comenzó la Santa á llamarse *hija espiritual* de San Pedro, prefiriendo este título quizá á otros muchos que tendria; y por haberse hallado este nombre de *hija de San Pedro* en las antiguas actas de los santos mártires, se padeció la equivocacion de tenerla por hija legítima y natural del Apóstol. Hizo mas verosímil esta equivocacion, por constar del mismo Evangelio que San Pedro fué casado, y sabemos por la tradicion de la Iglesia, que su muger fue mártir generosa de Jesucristo, por lo que no es de admirar que con el tiempo el título de *hija de San Pedro*, con que se honraba Petronila, diese motivo á creer que San Pedro habia sido su padre natural y verdadero.

Descaba ardientemente la santa doncella padecer por Jesucristo, así como el habia padecido por ella, y movida de estas fervorosas ansias, todo el objeto de sus deseos y todo el asunto de sus oraciones, era la cruz. Concediósele el Señor, dándole por cruz la misma cama, donde la tuvo inmóvil por muchos años con una grave perlesia. Era espectáculo verdaderamente digno de admiracion, ver á una doncella en lo mas florido de su edad, de extraordinaria hermosura, de un espíritu vivo, pronto y despejado, atormentado su delicado cuerpo con agudísimos dolores, sin que se notase en ella la me-